

El teatro en el aire

Por: Liliana Escobar

Tres filas de palomas que descansaban sobre los cables de electricidad vuelan despavoridas ante el paso de un pájaro humano de alas de papel. El acróbata de colores colgado de una cuerda metálica roza la posibilidad de ser electrocutado al hacer un movimiento de más en su afán por entretener al público de ventanas y balcones. Lo espera al final del mecanismo que lo sostiene en su vuelo, John, uno de los *riggers*¹ que aceptaron cruzar la ciudad protegidos hasta los dientes, para instalar las torres metálicas en las azoteas de los tres edificios/escenario del gran espectáculo.

- Por poquito se muere Mercucio en la fiesta de disfraces y uno acá, sin reemplazos - le bromea el técnico al hombre que llega pálido a cambiarse de vestuario tras la bambalina armada detrás del tanque de agua.

- Me emocioné con las verracas alas. ¿Me oyó el madrazo?

- No, con el volumen que le metieron hoy a la música, si acaso le oigo algo aquí cerquita - y vuelve a ayudarlo con el arnés.

Es la tercera vez que presentan esta versión circense de ‘Romeo y Julieta’. Cada sábado por la tarde, en un barrio diferente, la compañía temporal armada hace casi un año capta la atención de los vecinos durante dos horas con algún clásico literario. Les han llevado el ‘Quijote’ en versión infantil, ‘Sueño de una noche de verano’ y una adaptación cómica de ‘Edipo Rey’, entre otras. El equipo lo conforman siete acróbatas; ocho personas de técnica, entre montaje, sonido, asistencia de cambios y una enfermera, y seis actores, incluyendo a la directora, quienes además de interpretar a personajes que permanecen en la misma azotea/locación a la que pertenecen, también dan voz a los que vuelan en el triángulo de aire. John está con ellos desde que La Fundación pasó la propuesta al comando de los “sin alma” y el grupo de artistas fue incluido en la lista de los que podían circular por las calles en los días acordados, sin temor a ser blanco de los agentes de limpieza. Primero pensó que era una broma cuando recibió la llamada del escritor y productor, con quien había trabajado en otra adaptación de un clásico para gran formato, varios años atrás.

(1) *Especialistas en armado de estructuras pesadas y sistemas de poleas.*

- Claro, sí, señor, ¿y quién va a pagar todo eso? Además, ¿fue que nos volvimos inmunes a los proyectiles?

- Créame, John, nos llamó La Fundación. Quieren volver a ver espectáculos en vivo y llevarlos a toda la ciudad. El circo presta los equipos. Entre ellos y el grupo de teatro, prestamos el vestuario. Y a artistas y técnicos, nos pagan los mecenas. Con los del comando, hablan ellos también. Les van a decir que es un bien de primera necesidad. La gente quiere volver a ver arte por fuera de una pantalla.

Fue hasta que empezaron las reuniones virtuales con todo el equipo y un único ensayo presencial en la carpa, que el técnico confirmó que el asunto iba en serio. La primera vez, antes de salir en dirección del lugar de presentación muy temprano en la mañana, le tomó más de una hora vestirse con todo lo necesario. A pesar del certificado y el sombrerito de bandera blanca que habían llegado a su casa el día anterior, el temor a ser alcanzado por la puntería de algún “sin alma” alimentaba sus medidas de precaución. Cuando llegó al destino, el camión del circo y los otros compañeros de montaje ya estaban allí, así que empezaron de inmediato con su tarea. Desde entonces, la secuencia se repite cada vez más o menos igual: los porteros de los edificios los reciben con cierta aprensión al verlos entrar con su material; algunos vecinos asoman sus cabezas y cuchichean detrás de las puertas al paso del equipo por escaleras y ascensores; hacia el mediodía llega el resto de la compañía con almuerzo para todos; luego de comer se reúnen en una de las azoteas a repasar sobre planos lo que se ha ensayado; los acróbatas y actores calientan; los demás terminan de asegurar estructuras, cables, poleas y bambalinas que hacen de camerinos, así como de acomodar el vestuario y probar el sonido; todos se reparten en los tres puntos de inicio, hacen la función, reciben los aplausos que resuenan en varias manzanas a la redonda, desmontan todo y a la salida, los porteros y varios vecinos desde sus puertas ahora bien abiertas, los despiden con grandes sonrisas y una calurosa amabilidad, poco previsible en la mañana.

- Bájale un punto al sonido. Acá está llegando distorsionado -le habla por radio la directora vestida de Nodriza, al sonidista, que está en otra azotea- ¿Hola? ¿Me copia?

Los actores, en otro punto del mismo lugar, siguen diciendo los diálogos de la escena del balcón mientras los acróbatas amantes de Verona se encuentran en el aire.

(1) *Especialistas en armado de estructuras pesadas y sistemas de poleas.*

-John, hágame un favor, vaya hasta allá a ver qué está pasando. Llévase su celular. Parece que tuviera descargado el teléfono también.

A la salida del edificio, el portero, que está afuera mirando hacia arriba, ve al técnico con sorpresa.

- ¿Pasó algo? ¿Qué necesitan? -le pregunta el hombre casi gritando para hacerse oír sobre el sonido que llega del equipo amplificador.

- Tranquilo, ya vuelvo.

John, que ha vuelto a ponerse el sombrero de la bandera blanca -cualquier paso en la calle es un riesgo-, cruza al edificio ubicado en diagonal. Todos los vigilantes, que se encuentran apostados fuera de sus lugares para ver el espectáculo, lo miran con curiosidad. Antes de entrar, se da cuenta de que hay una mujer que también parece observarlo desde el segundo piso, mientras los demás espectadores siguen con la cabeza los movimientos aéreos de los Montesco y los Capuleto. Tiene además las manos en las orejas y las tapa y destapa en un juego de repetición. Él le sonrío, ella no.

-Es ciega, pero oye el zumbido de una mosca a diez cuerdas y canta, bueno, cantaba como los dioses -le dice este otro portero, quien viene detrás de él para abrirle la puerta desde fuera-. ¿Va a entrar?

Mientras el ascensor sube los diez pisos hasta la azotea, John repite el juego de la chica, tapando y destapando sus oídos. No imagina lo que puede ser para ella el sonido estallado de música y voces al mismo tiempo, aunque pareciera disfrutarlo en medio de todo. Él, por su parte, está acostumbrado al silencio de su pequeño apartamento, al que se mudó justo antes de que empezara la “limpieza”. Disfruta enormemente su trabajo y estar al aire libre durante todo un día, pero no hay momento que le cause más placer que cuando se tumba en la cama y no oye más que su respiración.

Cuando asoma la cabeza por la puerta de acceso de esta azotea, el *rigger* se encuentra con varias escenas detrás de la escena. Al frente, desde el triángulo de aire, Romeo y Julieta acróbatas son casados en secreto por el Fraile; tras ellos, otro *rigger* prepara el mecanismo para pasarlos por un cable diferente a la tercera azotea. Los parlantes, uno en cada esquina de la línea frontal, se escuchan a tope. Detrás de una columna, que hace las veces de torre de

la iglesia, los actores dicen las líneas de los personajes tratando de alejar los micrófonos lo que más pueden. Detrás de ellos, en la consola oculta por el tanque de la azotea, el sonidista sudoroso parece en negociación suplicante con el aparato, subiendo y bajando controles, cambiando cables de lugar. John se acerca a él gateando. Al verlo, el hombre se angustia aún más.

- Hermano, esto colapsó y no responde a nada de lo que hago. Tendría que desconectarla. ¿Lo mandó la jefa?

- Se cansó de llamarlo. Hable con ella -John le deja el teléfono y sale a toda prisa. La muerte de Mercucio se acerca y debe activar el sistema de poleas para traer el “cadáver” a buen refugio.

Al dejar el edificio, alcanza a ver que la mujer del segundo piso dejó del todo sus manos sobre las orejas y mira ahora en dirección del espectáculo, como si realmente pudiera verlo. Antes de subir a su azotea, el portero inicial le pregunta si está todo bien y le cuenta emocionado que hace mucho no veía a algunos de los que han salido a balcones y ventanas, que es un ‘show’ muy bonito aunque a veces no se entiende lo que dicen porque la música está sonando muy ‘duro’. John le explica que están solucionando eso y se le ocurre preguntarle:

- ¿Usted sabe si aquí alguien tiene una consola de sonido?

- ¿Cómo? -responde el hombre un poco confundido.

- Olvídelo, estaríamos de buenas. Tengo que subir ya.

De vuelta arriba, John nota que la música ha bajado considerablemente de volumen y los actores empiezan a proyectar las voces como en un gran teatro, porque los micrófonos pierden cada vez más capacidad de amplificación. Sentada al lado de ellos, la directora/Nodriza se agarra la cabeza con las manos como queriéndosela arrancar. Sin embargo, la pelea aérea entre los chicos de las familias en disputa continúa sin contratiempos. Justo al final de la escena, cuando los *riggers* empiezan a subir los cuerpos de Teobaldo y Mercucio a sus respectivos edificios, un zumbido estridente lo ocupa todo por un segundo, dando paso a un silencio reconfortante. El sistema de sonido finalmente hizo corto.

La Julieta de los aires ha alcanzado a encontrarse con su Nodrizza acróbata y después de una breve mirada al lugar desde donde la directora hace una indicación, continúan con la coreografía de movimientos de la siguiente escena. John termina de desenganchar a Mercucio de su cable “mortuorio”. Del triángulo escénico, sólo les llega el sonido de las cuerdas tensoras y las telas de los vestidos cortando el viento a su paso.

-¡Dos! Dos sustos de muerte hoy. Pero todavía no es mi día, créame -le bromea el acróbata, mientras se cambia para vestirse de Señor Capuleto.

No ha pasado un minuto desde el corte de energía. En medio de los murmullos que poco a poco se elevan desde las ventanas, empieza a escucharse la melodía de un canto que parece un llamado. Una voz femenina llena el espacio con notas afinadas y sentidas. El público vuelve a hacer silencio. Tanto la directora como la actriz que da voz a Julieta, quienes se disponían a retomar los textos de viva voz, se quedan quietas tratando de identificar la canción a medida que la cantante sube el volumen. Es un canto llanero que habla de garzas y lunas. El clásico de Shakespeare sigue dibujándose en el aire, ahora con un llano caluroso de fondo musical. A John, el asombro se le va volviendo una sonrisa de ojos aguados; la vida en su tierra natal, que dejó hace tantos años, ha vuelto a su memoria con un golpe de nostalgia. El sonido de la puerta de la azotea lo saca de su estado.

- Sí hay consola. Aquí vive un muchacho que es *di yei* y dice que la presta. Ya está abajo.

-dice el portero agitado, con cara de orgullo.

La directora se acerca expectante y agradecida, tratando de entender la propuesta inesperada. John le explica rápidamente y se va detrás del vigilante para llevarle la consola al sonidista. De camino escaleras abajo, el hombre le sigue hablando con emoción.

- Todos los vecinos están alegres porque Carmen volvió a cantar. No la oíamos desde hace casi un año.

- ¿Carmen?

- Es una profesora de canto que vive al frente. Le dispararon los “sin alma” un día que salió a buscar a su perro. No se alcanzó a infectar pero de la impresión se le empezó a acelerar un problema que traía de antes en los ojos.

Con la consola a cuestas, John atraviesa la conjunción de calles. Ha olvidado el sombrero de paz -hasta los francotiradores deben estar conmovidos con la voz de la cantante, que ahora entona un canto folclórico sobre una casa en el aire-. Antes de subir, descarga la consola en el piso frente al balcón de Carmen y espera a que termine el último verso.

-¿Quiere seguir cantando para la obra en la azotea, con nosotros? -le dice con emoción de adolescente.

La mujer lo mira -sí, está seguro de que lo ve- y le sonrío.

Arriba, en el triángulo escénico, el aire silba bajo las figuras de los amantes de Verona en su furtiva noche de bodas.